



Crítica e independencia. Criterios de edición filosófica[‡]

Criticism and Independence. Philosophical Publishing Criteria

Alfredo Abad[§]

Universidad Tecnológica de Pereira - Colombia

DOI: <https://doi.org/10.33975/disuq.vol14n2.1488>

Φ

Resumen

Editar filosofía implica una concepción de la edición como proyecto filosófico. Este criterio involucra un sentido del oficio como un *éthos* cuyo compromiso está orientado a partir de la independencia que subyace en la idea de filosofía como facultad crítica. Desde esa perspectiva, una concepción anárquica de la filosofía en relación a escritura, estilo, método, comercio y jerarquización de la misma, es imprescindible para poder consolidar un proyecto editorial afianzado en el valor simbólico que proyecta. El texto procura precisar algunas pautas de edición relacionadas con un sentido amplio de la filosofía misma. En tal sentido, estipula el proyecto editorial como representación de los usos de la razón que hacen de la filosofía un testimonio plural.

Palabras clave: anarquismo editorial, edición filosófica, escritura, crítica, independencia editorial.

[‡] **Recibido:** junio 30 de 2025. **Aceptado:** septiembre 21 de 2025.

[§] **Contacto:** alfredoabad@utp.edu.co

Abstract

Editing philosophy implies a conception of editing as a philosophical project. This criterion involves a sense of the craft as an *ethos* from which commitment is guided by the independence that underlies the idea of philosophy as a critical faculty. From this perspective, an anarchic conception of philosophy in relation to writing, style, method, commerce, and its hierarchy is essential to consolidate an editorial project grounded in the symbolic value it projects. The text attempts to define some editing guidelines related to a broad sense of philosophy itself. In this sense, it stipulates the editorial project as a representation of the uses of reason that make philosophy a plural testimony.

Keywords: Editorial Anarchism, Philosophical Edition, Writing, Critic, Publishing Independence.

Cómo citar este artículo: Abad, A. (2025) Crítica e independencia: Criterios de edición filosófica. *Revista Disertaciones*, 14(2), 7–25. <https://doi.org/10.33975/disuq.vol14n2.1488>



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International \(CC BY-NC-ND 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

La edición como proyecto filosófico

Filosofar no se puede proyectar como una composición solitaria inscrita en una actividad irreductible a la proyección en comunidad. Pensarla así es no reconocer la búsqueda compartida que involucra y necesita. Dentro de las características que fundamentan esa práctica, la escritura es indispensable. No porque no pueda realizarse un ejercicio filosófico sin ella, pero sí porque sin la *praxis* escritural iniciada hace más de 2500 años, lo que hoy llamamos filosofía sería no sólo diferente sino imposible, dado el arraigo y el flujo intelectual que la palabra escrita posee y motiva en una actividad tal. La escritura no es sólo una proyección exacta de un pensamiento previo, por cuanto la composición escritural ejerce también sobre el pensamiento una plasticidad que por sí solo, no tiene. Pensar y escribir son dos momentos distintos. La escritura involucra un manifiesto diferente y asimismo una proyección estilística que ordena, estructura y cohesiona lo que inicialmente está un tanto disperso. La sistematización en filosofía nace de la escritura, sin ella es imposible concretarse, al menos, en un espectro tan amplio.

De igual manera, la escritura funda un código ontológico ineludible diferente al registro oral. En tanto tecnología inscrita en una orientación permanente, “La escritura establece lo que se ha llamado un lenguaje “libre de contextos” o un discurso “autónomo” que no puede ponerse en duda ni cuestionarse directamente, como el habla oral, porque el discurso escrito está separado de su autor” (Ong 137) Esa separación es una construcción o apreciación totalmente artificial que tiene un enorme peso sobre la asimilación significativa del discurso. Con la escritura, el logos oral se transforma en discurso cohesionado cuyos sentidos son totalmente distintos. El discurso escrito no puede refutarse, opera fuera de su autor, está ahí inscrito de forma constante y no es posible cambiarlo. Permanentemente está constatando y afirmando su ser en su decir. No puede ser contrastado como comúnmente se realiza en la oralidad. La marca de la escritura deja huellas más profundas y si además de eso, se instaura en el dominio de la reproducción impresa, los efectos son mayores y más evidentes.

Toda reproducción impresa ya deja una marca contundente que la oralidad no posee. Implica un decir inscrito como *El decir*. La escritura posee un carácter sentencioso. No es

una emisión de voz que nace y se evapora. Permanece, ansía mostrarse ante la vista como el golpe de voz no puede hacerlo ante el oído, “por contraste con el habla natural, oral, la escritura es completamente artificial” (Ibid. 144). Esa artificialidad instituye una consecuencia ya imprescindible para comprender el espectro filosófico. Es casi imposible definir hoy la actividad filosófica sin la impronta de la escritura. No quiere eso decir que no pueda hacerse filosofía sin ella, pero sí define de una manera amplia y contundente ese posicionamiento en el que se demarca el acto, el propósito y la función de hacer filosofía. No existe pues una condición natural que la defina. Es también un artificio que en la escritura tiene un aliado y un potenciador fundamental que amplifica, pero también coacciona sus posibilidades.

Sin la escritura, la filosofía sería algo muy distinto a lo que es hoy. Quizás similar a lo que acontece en los diálogos platónicos: opiniones que generalmente no van a ningún lado si alguien no las está conduciendo, en este caso el autor, o un personaje dirigido por el autor, claro está. Escribir es un acto creativo que ordena, delimita el creador-filósofo que coordina el escenario. Por eso la escritura es fundamental para poder concebir la filosofía desde su carácter estético volcado en un estilo. A veces, se olvida esta condición literaria de la filosofía, la cual es imprescindible, sin ella no existiría tal como se inserta hoy en el imaginario a través de las mismas condiciones metodológicas de las que depende.

A pesar de estas particularidades, ineludibles en el marco de lo que constituye y forja el ejercicio que llamamos filosofía, existe, desde su inicio, un vínculo con la labor editorial que, a su vez, determina en gran medida la forma, el acceso y la posibilidad misma de aquella. Esta labor ha tenido, por supuesto, una evolución a lo largo de la historia. Asumimos como “labor editorial” el trabajo que ya realizaban recopiladores, copistas y escribas sobre los textos antiguos en la antigüedad griega. A pesar de las diferencias que esas actividades tienen con la concepción editorial moderna y actual, cumplieron todas ellas con un propósito fundamental: realizar un trabajo de edición textual. Ya sea en tabletas, papiros, rollos, códices, libros o publicaciones digitales, la función básica es análoga. De esta forma,

hacia mediados del siglo V, se producen en Atenas dos condiciones [...] un cambio de mentalidad de autor y público, ahora decididos a sustituir la forma de acceso viva y directa

a la obra, la oral (en la que lo escrito, si existía, era tan sólo un elemento para ayudar a la memoria), por otra nueva, en la que el texto escrito se convertía en el vehículo único de comunicación autor/público, y, por otro lado, y consiguientemente, la creación de una cierta producción editorial. Los sofistas extendieron considerablemente el interés por la obra escrita y ya autores como Eurípides contaban con una biblioteca estimable. Es claro que Aristóteles y su escuela se ocuparon con gran interés de reunir obras escritas (Bernabé 16-17).

Esta condición definiría de una manera radical el nacimiento de la filosofía como forma escrita, de acuerdo al sentido que le atribuye Colli (Cfr. 113ss). Los atributos que gana a partir de dicho artificio van construyendo las líneas fundamentales que determinan su desarrollo y evolución. Que hoy llamemos *Metafísica* a los libros en donde Aristóteles aborda el problema del *Ser en tanto Ser* no se debe sólo a una temática dirigida por el autor. Andrónico de Rodas, compiló y editó estos libros dándole el nombre con un término definido por la ubicación espacial que tendrían esas obras, las cuales ubicó después de los libros sobre física (μετὰ τὰ φυσικὰ). Por supuesto, su labor no se circunscribió solamente a darle nombre a unos manuscritos. Junto a Tiranión, quien seleccionó los originales a partir de un trabajo filológico necesario e ineludible dentro de todo trabajo editorial en filosofía, realizaron la primera edición crítica del Estagirita, cuyo orden y selección sigue utilizándose hoy.

El trabajo filológico posee una importancia capital dentro de la constitución de una labor editorial en filosofía como en otras disciplinas. La posibilidad de editar un texto, sea antiguo o no, depende significativamente de la capacidad y el criterio válido para realizar una crítica textual que permita distinguir, valorar o seleccionar un texto sobre otro. Elegir un término para reemplazar o cubrir un espacio en blanco, preferir una edición anterior sobre otra, no es sólo un trabajo filológico que pueda concebirse desde su cientificidad, sino eminentemente interpretativo, un oficio que implica ya una constitución filosófica. Una tarea filológica implica el conocimiento de la época, del autor, de los matices que influyen no sólo en una apropiación textual positiva sino en una interpretación más amplia que tendrá un papel determinante en la edición del texto. Desde esta perspectiva, el trabajo filológico y su expresión editorial implica un posicionamiento filosófico, una elección e interpretación decisiva. Como ocurrió con la edición crítica de las obras de Nietzsche, Colli y Montinari no realizaron sólo una publicación más del autor. Definieron una mirada

distinta a las interpretaciones previas que, desde entonces, ha tenido un impacto inmenso en la recepción de sus obras. Esa edición crítica abrió nuevas posibilidades, no sólo por el carácter depurador que ofrece, sino porque la edición como tal es ya una interpretación (plural) de la obra de Nietzsche que proporciona una dimensión totalmente ajena a lo que hasta el momento había sido acogido por la exégesis de la primera mitad del siglo XX. Por esa razón, el trabajo editorial exige también una comprensión filosófica que, desde la historiografía, la filología y la construcción de una perspectiva de toma de distancia y confrontación crítica, cumple una función determinante dentro del espectro amplio y complejo del filosofar. En este sentido, resulta precisa la siguiente acotación:

Hay una carta en la que Colli expresaba su concepción del particular trabajo editorial sobre Nietzsche que estaba realizando: «[...] yo ejerzo de editor porque, a) los editores no han venido a buscarnos sino que hemos sido nosotros los que hemos tenido que buscar a los editores para *poder hacer esta* edición; y b) la redacción de un editor no puede asumir el trabajo organizativo necesario para hacer una edición como ésta, por importante que sea dicho editor, pues exige un equipo de especialistas, una disciplina de trabajo particular, ciertas relaciones culturales, la independencia de cualquier tipo de control, un estado de responsabilidad que no puede ser planificada (ni siquiera financieramente) por adelantado como debería ser en una editorial, un alejamiento de los intereses políticos, etc. etc.» (Carta a M. Montinari, 21 de octubre de 1962) (Campioni 182).

Es claro que el proyecto al que alude Colli tiene unas connotaciones especiales que no es necesario indicar aquí. Lo que nos interesa es resaltar las características generales que sí tiene toda edición filosófica, las cuales van más allá de cualquier proyecto editorial. No es necesario que las obras a editar sean de Nietzsche para establecer unas condiciones fundamentales de todo proyecto editorial: las decisiones deben tomarse desde criterios especializados, lo que supone un ejercicio particular como allí se apunta. Además de eso, una fundamentación editorial marginada de sectas políticas, religiosas, entre otras. Sobre este punto volveremos más adelante, por ahora es indispensable señalar cómo editar filosofía implica una conciencia crítica indispensable que forja un oficio bajo parámetros que la disciplina misma implica. Editar filosofía es una *praxis* filosófica. Requiere de un compromiso en comunidad, pues editar precisa del reconocimiento de la filosofía como una actividad promulgada desde la necesidad de llegar al otro. La filosofía no es una labor solitaria, bajo ningún punto de vista. Esa caracterización, nociva y absurda, no es más que

un *idiotismo* intelectual que, a veces, cala dentro de ciertas tendencias. El ensimismamiento como clave de la filosofía es una idea que pervierte la misma razón de ser del filosofar porque no tiene ningún sentido hacerlo al margen del diálogo intersubjetivo y contextual que demanda. Lo mismo sucede con la edición. Editar tiene un sentido claro: hacer pública una creación que se asume valiosa. Su valor es proporcional a la necesidad y obligación de forjar el proyecto de que se presente ante una comunidad.

La edición como artefacto filosófico

Los libros, y en general los artificios consumados en textos editados en sus más diversas versiones, son productos “consumibles”, independientemente de las variadas razones que motiven ese “consumo”. Son bienes, tanto simbólicos como económicos, en ese sentido pueden ser objetos preciados, de colección y en algunos casos acumulación, y bajo ninguna condición pueden perder de forma absoluta uno de esos polos. Aunque esa tensión no puede desaparecer, en algunos casos la lógica económica o la simbólica tendrá mayor preponderancia dependiendo de muchos factores que se inscriben en la concepción y realización del texto editado. De manera que pueden darse diferentes orientaciones de las casas editoriales, así,

una empresa está tanto más cerca del polo «comercial» cuanto más directa o más completamente los productos que oferta en el mercado responden a una *demanda preexistente, y dentro de unas formas preestablecidas*. De ello resulta que la duración del ciclo de producción constituye sin duda una de las mejores formas de calibrar la posición que ocupa una empresa de producción cultural dentro del campo. Tenemos así, por una parte, unas empresas *de ciclo de producción corto*, que tratan de minimizar los riesgos a través de un ajuste anticipado a la demanda identificable, y dotadas de circuitos de comercialización y de recursos de promoción (publicidad, relaciones públicas, etc.) pensados para garantizar el reintegro acelerado de los beneficios mediante una circulación rápida de productos condenados a una obsolescencia rápida; y, por el otro, unas empresas *de ciclo de producción largo*, basado en la aceptación del riesgo inherente a las inversiones culturales y sobre todo en el acatamiento de las leyes específicas del comercio del arte: al carecer de mercado en el presente, esta producción volcada por

entero hacia el futuro tiende a constituir stocks de productos siempre amenazados por el peligro de la regresión al estado de objetos materiales (valorados como tales, es decir por ejemplo al peso del papel (Bourdieu 215).

La edición filosófica dista mucho (al menos debe hacerlo) del ciclo de producción corto que señala Bourdieu en la anterior cita. La obsolescencia es una cualidad absolutamente contradictoria con las condiciones que integran el oficio, labor, trabajo, despliegue, materialidad, cualidad y demás entornos de lo que asumimos como filosofía. Ésta no data. La proyección de un texto filosófico no se condiciona por una contextualización estrecha. Al editar hoy una obra “antigua”, la referencia a esa temporalidad es sólo una apropiación derivada de su origen, no de su proyección y vigencia. En ese sentido cobran importancia las nuevas traducciones de textos antiguos que, en concordancia con ediciones críticas, ofrecen una apropiación y presencia significativa en momentos diferentes a los que vieron surgir originalmente una obra. La atemporalidad es un factor determinante del texto filosófico que, desde su discurso, se hace múltiple y polifónico en la medida de poder volcar sus sentidos a distintos contextos.

Como artefactos, los libros son contingencias gestadas por quien escribe y por quien forja la materialidad del texto (editor–impresor). Pero esas contingencias tienen unas particularidades referidas a lo que significa una edición filosófica. Un texto filosófico no es un producto para consumir, salvo si se inscribe dentro de los *best sellers* que los emporios editoriales exprimen hasta la saciedad. En este caso, un público masivo consume los clichés ideológicos que predicán. Pero la filosofía, y su orientación crítica, no es un objeto de consumo. Y mucho menos si implica las características de especialización académica alejada del gran público. No por un carácter elitista sino porque numerosos trabajos académicos se proyectan para un público reducido interesado en investigaciones concretas. Dado su carácter objetual, los libros son también cuerpos que se construyen y se desdoblan. Materialidades y almas que no pueden distinguirse. Como cuerpo, el libro es objeto, pero además se proyecta anímicamente en sus significaciones y en las proyecciones estéticas que despliega. Un libro no es tan sólo la apariencia de su presencia material, y en el caso de *un libro de filosofía*, su presencia se concibe con mayor repercusión en el espectro amplio de sus significados, de sus cuestionamientos.

La presentación física del libro es un atributo al cual hay que reconocerle todo su sentido. Los textos filosóficos son más que exposiciones conceptuales sin dependencia experiencial. El olor, la textura, la tipografía, el peso, la corporalidad, en suma, del libro, opera con una significación definitiva en su acceso y en su comprensión. La singularidad del libro sí tiene un efecto sobre quien lo aborda, allí está su *personalidad*, su definición y determinación no sólo como objeto sino como expresión de sentido en sus diferentes manifestaciones. Ahora bien, editar no supone necesariamente hacer un libro o una publicación con todas esas características; se puede hacer también de forma electrónica, aunque pierda muchas de ellas. En todo caso, el editor es un hacedor que debe tener una influencia inmediata sobre el resultado final que va más allá de su diagramación, de su impresión. Según Calasso, “es muy raro el caso de un libro que, habiéndolo leído, haya quedado tal cual, sin ninguna marca en lápiz. No agregar a un libro huellas de la lectura es una prueba de indiferencia –o de mudo estupor–” (Calasso 39). Su descripción de lo que acontece con la lectura supone también la exigencia de la labor editorial a partir de la cual el texto debe ser intervenido, corregido, disminuido, aumentado o reestructurado en algunas oportunidades. Esa participación activa de quien edita supone un cuidado que no debe interpretarse como un trato irreverente con el texto, pues, por el contrario, exige la mayor atención y respeto por el mismo.

Editar es cuidar. Al hacerlo, una persona es una curadora (del latín *cura*: cuidado) y tal fin implica un compromiso con la literalidad del documento en la que participan la lectura, la crítica, el análisis y, por supuesto, cuando lo amerite, la intervención. A muchos libros de filosofía, aún clásicos, les hubiese servido una poda crítica, los ejemplos serían muchísimos. Una afirmación así genera controversia en la medida de cuestionar la escritura con que fueron concebidas obras clásicas de la filosofía. La oscuridad de muchas de ellas no es sinónimo de profundidad sino de torpeza escritural. Negarlo, obedece en gran medida al fetichismo del cual son depositarios figuras intocables y paradigmáticas de un “magno pensamiento filosófico”. El descuido, tanto del autor como del editor, prevaleció sobre el documento final que probablemente, hubiese podido generar mayor atención por sus ideas, no por la oscuridad con que se plasmaron. En relación con esto, señala Alejandro del Río que:

En 1843, un filósofo le hacía a su editor la siguiente advertencia en plena preparación de la segunda edición de su magnum opus: “Atienda usted escrupulosamente a mi ortografía y puntuación: y jamás piense que le asiste la razón; yo soy el alma, usted el cuerpo”. El editor era Heinrich Brockhaus. La obra, que su autor, en el prólogo, decía dejar “terminada” “no a los contemporáneos, no a los compatriotas”, sino “a la humanidad”, era *El mundo como voluntad y representación*. Y el filósofo (lo habrás adivinado, lector), Arthur Schopenhauer. Pero no es mi intención perderme en la tormentosa relación del intemperante Schopenhauer con su sufrido editor, una unión, como es sabido, que atravesó un largo y penoso calvario editorial (Río).

A Schopenhauer no se le puede tachar de poco claro o descuidado. Era consciente de su escritura y estilo. Por ello, si le damos la razón en este caso, no es por condescendencia sino porque sabía perfectamente cómo estaba concebida y escrita su obra. Pero eso no ocurre siempre, de ahí la importancia y el criterio de un cuidado editorial. Y es que editar es intervenir, de otra forma la edición se convierte en una mera intermediación para imprimir o publicar un texto. Asumimos entonces el oficio como una proyección filosófica cuya dirección editorial deja una impronta, o debe dejarla, pues sin la puesta en marcha de ese proceso, sea con una tablilla, papiro o *e-book*, la filosofía no podría hacerse manifiesta tal como lo ha hecho.

Editar filosofía requiere de dos criterios básicos: pluralismo y rigor. El primero involucra la necesidad de no fundar la edición filosófica a partir de procedimientos sectarios, pues se cae en el riesgo de configurar un marco editorial restringido que pierde amplitud crítica y fomenta un sentido ideológico propagandístico, o al menos, sesgado. Un criterio basado en el pluralismo puede entonces reconocer el valor filosófico de ciertas obras, aunque ellas postulen visiones contrarias a las posturas, posiciones o perspectivas de quien edita.

El segundo implica la capacidad de exigir, dependiendo del tipo de publicación, una alta calidad textual. Por supuesto, no existen pautas objetivas para definir qué sea de calidad, y por ello este segundo criterio implica, además, un sentido de agudeza que condiciona la capacidad de elegir.

Es ya sabido que la edición filosófica en Colombia ha pasado por una historia no exenta de discordias, concernientes a la definición misma de lo que es o no filosofía, o lo que se toma por tal. La falta de un sentido plural y de cierta manera, ambicioso, nutre las

perspectivas dogmáticas y sesgadas que tanto daño generan en el desarrollo del pensamiento filosófico. Un rasgo con características similares a las expuestas, y que aún no logra superarse, es la concepción de la filosofía en Colombia como derivación de un período fundacional que la historia llama *normalización*. De este proyecto normalizador deriva en gran parte la idea de que lo filosófico sólo puede darse en contextos académicos con determinados modelos y estructuras escriturales plegados a la rigidez escolástica. Esta última, caracterizada por una sumisión total a moldes escriturales, procedimientos de citación, lenguaje tecnificado, etc, que hacen homogéneos todos los procesos de escritura filosófica. Los normalizadores comprendieron los trabajos filosóficos previos como ejercicios que no alcanzaban la madurez filosófica que ellos sí habían logrado obtener, y fundaron la idea de filosofía a partir de tres nociones que para ellos eran novedosas y fundantes: “instituciones universitarias y unos modelos editoriales; unas formas de reconocimiento y divulgación, y, sobre todo, unos procedimientos característicos del trabajo filosófico” (López 138) Estas pautas dieron lugar no sólo a una deslegitimación de lo previo, y en ese sentido, del trabajo editorial anterior, como intentos que no lograban desplegar lo que esta nueva visión filosófica y práctica escritural sí podía ofrecer.

No cabe aquí realizar una valoración de la importancia que tuvo este periodo, la cual es innegable; pero sí es válido indicar cómo estas prácticas de exclusión y deslegitimación siguen teniendo vigencia, y en algunos casos, gran arraigo, en los contextos académicos. Que desde la normalización se haya desdeñado gran parte de la exposición filosófica previa, y hayan creído que los métodos, vocabulario, propósitos y valores derivados fundamentalmente del pensamiento continental del siglo XX, fuesen los parámetros absolutos de la filosofía, no deja de revelar un proyecto cándido que no fue nunca capaz de reconocer la alta dosis de escolasticismo (sujeción a un lenguaje técnico y una concepción rígidamente academicista de la filosofía) que lo caracteriza. Este tipo de percepción se insertó de manera amplia en la academia, pervirtiendo el carácter plural de las prácticas y escrituras filosóficas, y condicionando su desenvolvimiento y sentido a algunos prejuicios abrazados desde los cuales numerosos autores y textos son rechazados como pseudo-filosóficos. En este sentido, dentro del espectro de la edición filosófica, cobran importancia los criterios para establecer una apertura y posibilidad más amplia de lo que se asuma como filosofía, y poder superar los particularismos reduccionistas que, operando desde ciertos sesgos, posicionan la práctica filosófica desde un ámbito

estrictamente sectario, o al menos, definido desde un marco muy estrecho como el que se acaba de ejemplificar.

Es muy necesario poder dimensionar un criterio amplio que desestime la circunscripción a un modelo estrecho que asimile el pensamiento filosófico desde una óptica sesgada. De ahí la importancia de poder proyectar y consolidar un catálogo diverso en lo concerniente a distintas posturas, métodos, géneros, escuelas, énfasis, estilos, propósitos. Si ha de incluirse o privilegiarse una condición ya sea investigativa, creativa, divulgativa, histórica... La apropiación de todas supone una comprensión del filosofar desde un ámbito crítico. Y éste se entiende como ejercicio libre de la razón, lo cual no es otra cosa que pluralismo. Para acceder de forma más abierta al mismo, optar por un criterio anárquico en la edición es una vía que vale la pena resaltar.

El carácter anárquico de la edición filosófica

Uno de los grandes problemas de la enseñanza de la filosofía radica en la sujeción casi despótica a un canon y a una tradición que parece invariable. Jerarquizada, la filosofía se continua enseñando en la mayoría de instituciones, como un proceso lineal nutrido por unas voces autorizadas que casi siempre, salvo por algunas variables, son las mismas. Es lo que se llama tradición filosófica. No tiene nada malo en sí, salvo si se asume como una presentación inalterable que no da acceso a figuras alternativas que poseen también una capacidad amplia de nutrir el potencial filosófico. No vamos a sostener aquí la idea de no abordar la tradición filosófica, asunto del todo descabellado, pero sí insistir en el carácter acrítico de asumir la acción filosófica como circunscrita a la descripción y repetición de un conjunto de autores y, sobre todo, a la incapacidad de subvertir esa jerarquización. Que los sofistas, por ejemplo, sean tratados aún como un conjunto de charlatanes y embaucadores, deja mucho que desear si se aspira justamente a confrontar ciertos lugares comunes de la tradición filosófica. La desaprobación que les fue conferida es precisamente el tipo de ostracismo –sistemático y repetitivo– al cual han sido condenadas numerosas figuras que han brindado a la filosofía un aporte significativo. Una obra como *Contrahistoria de la filosofía* de M. Onfray, cumple con el propósito de subvertir el

colonialismo ideológico al cual la tradición filosófica ha sido expuesta. Reconocer el trabajo de muchos filósofos y filósofas envueltos en las sombras, es un proyecto al cual hay que darle mayor amplitud.

A este tipo de consideraciones debe prestar atención la edición filosófica, máxime si es independiente. El propósito más alto de editar filosofía no es incentivar sólo el aprendizaje de la filosofía, sino aprender a filosofar. Esta problemática, abordada por Kant, puede dar muchas luces sobre el oficio de editar:

No puede llamarse filósofo nadie que no sepa filosofar. Pero sólo se puede aprender a filosofar por el ejercicio y por el uso propio de la razón [...] El que quiere aprender a filosofar [...] sólo puede considerar todos los sistemas de filosofía como *historia del uso de la razón* y como objetos para el ejercicio de su talento filosófico. El verdadero filósofo tiene que hacer, pues, como pensador propio, un uso libre y personal de su razón, no servilmente imitador (Kant 27-29).

El dictamen kantiano corrobora implícitamente la necesidad de filosofar desde un uso de la razón que se da particularmente. Si bien la razón tiene un carácter universal desde la perspectiva del filósofo de Königsberg, el uso que de ella se hace se da desde una apropiación personal. Es claro que filosofar implica pensar desde la situación particular y no sólo desde la tradición previa. Filosofar es un hacer que debe nacer constantemente. En ese mismo sentido, Deleuze y Guattari establecen la necesidad de la creación en filosofía: “las ciencias, las artes, las filosofías son igualmente creadoras, aunque corresponda únicamente a la filosofía la creación de conceptos en sentido estricto. Los conceptos no nos están esperando hechos y acabados, como cuerpos celestes. No hay firmamento para los conceptos. Hay que inventarlos, fabricarlos o más bien crearlos, y nada serían sin la firma de quienes los crean” (Deleuze-Guattari 11).

El compromiso con ese hacer implica escribir, editar y publicar nuevas formas, pensamientos, posturas. Por eso la edición filosófica involucra un compromiso ineludible con la novedad, no por una simple condición que la privilegie, sino porque sin esa apropiación particular el filosofar muere, queda reducido a comentario de lo ha dicho,

hecho, expuesto¹. Esta condición dicta un derrotero muy claro: deben editarse siempre nuevas aperturas al filosofar, ese criterio es también una acción filosófica imprescindible. La filosofía importa; el filosofar, más.

Un punto importante que debe resaltarse es la impronta anárquica que rige sobre el trabajo editorial filosófico, y tal condición define sus posibles rutas. La misma historia de la filosofía, los enfoques distintos, plurales, contradictorios y de cierta manera, rizomáticos, dan cuenta de una amplitud que no obedece a ningún patrón definitivo que obedezca a cómo debe hacerse o qué debe decir. La filosofía ha desplegado un accionar anárquico donde no se reconoce un modelo ideal, salvo en las particularidades adoptadas por ciertas escuelas, propósitos o posturas. Pero en su conjunto, la filosofía implica una condición donde se desestructuran las fuerzas centrípetas que intentan volcar el pensamiento bajo un único esquema. En cambio, desde sus enfoques múltiples, la filosofía tiende a centrifugarse y desplegarse sin principio único y por ello mismo, se extiende sin una constitución originaria. Temas y problemas se bifurcan, se extienden, se posibilitan a partir de la carencia de una referencia. Las notorias diferencias entre cada filósofo dan cuenta de esa peculiaridad. Ni siquiera ante la pregunta *qué es filosofía*, se ha tenido una respuesta definitiva y compartida. La disposición consolidada obedece entonces, a una red constantemente bifurcada carente de centro. Sin principio único, sin orientación clara, la racionalidad se despliega bajo ciertos movimientos volubles que no obedecen a una referencia definitiva.

Por ese mismo motivo, no sólo lo dicho sino su expresión literaria es múltiple. En este sentido no puede erigirse una pretensión única y estrictamente fundamentada a la hora de optar por un tipo de escritura filosófica. No hay un tipo de escritura definitivo, tampoco un método; el desarrollo de la filosofía corrobora formas plurales de las cuales no puede entronizarse una sola. Desde la antigüedad, son múltiples los accesos por donde los textos filosóficos se han desplazado de manera anárquica, pues no hay modelos, patrones, constituciones definitivas que puedan dar por cerrada la pregunta acerca de qué y cómo se escribe filosofía. Esas vías no se circunscriben a un único esquema, y, por el contrario, operan como muestras altamente subversivas. Por esa razón, la edición independiente

¹ Por supuesto, lo expuesto con anterioridad puede ser revalorado o reformulado desde una óptica distinta. En esa apropiación reside la condición fundante para que el acto filosófico se esté consolidando siempre.

cumple un papel fundamental en la medida de ampliar el horizonte reducido por la exclusión y el marginamiento al que son desplazadas muchas obras por fuera del canon,² y, sobre todo, por dos particularidades dadas con frecuencia en el trabajo editorial actual: el mercantilismo *bestselleriano* y su reproducción análoga inscrita en la sumisión a los parámetros bibliométricos.

Estos dos fenómenos diferentes, operan, no obstante, bajo una pauta similar. Ambos conciben el éxito como fin supremo, sea a través de ventas o de citaciones. En cualquier caso, se define la edición desde preceptos mercantiles y de homogenización. En el primero, la explotación de autores y de libros se realiza a través de grandes emporios editoriales que atiborran los anaqueles de las librerías, sobre todo, las que se pliegan a los dictámenes comerciales de esos mismos emporios. Surge así una homogenización que convierte obras en clichés repetitivos, a través de una propaganda constante; y a los autores, en marcas registradas. En el segundo, el criterio se basa en los parámetros bibliométricos, aspecto por demás inadecuado para valorar críticamente la calidad o importancia de una publicación, máxime si es filosófica.

Gran parte del mercado editorial se construye a partir de publicidad y explotación de autores cuya identidad se define como una marca publicitaria. Este tipo de orientación promueve la homogenización de las ideas y coloniza los enfoques por donde transitan los intereses colectivos permeados por esa homogeneidad. De igual forma, y en concordancia con los parámetros del mercado, el número de obras crece y el número de páginas de las mismas disminuye, en una especie de sobreexplotación de los recursos escriturales en procura de publicar la mayor cantidad de obras de esas “marcas” que garantizan el lucro. Esto por supuesto, nada tiene que ver con el filosofar mismo, sino con un aprovechamiento de la relación autor-mercado. Bajo esta misma lógica se orienta la consolidación de la

² La edición independiente, en muchas oportunidades, alejándose de los parámetros de los autores del canon, centra su atención en obras marginales sin un gran despliegue mediático. Logra así poner en circulación distintas vertientes ideológicas que, dejando atrás su ocultamiento, promueven la bibliodiversidad. De ninguna manera, se relaciona esto con prácticas editoriales que, enfocadas solamente en un propósito lucrativo, promueven la edición y publicación de cualquier tipo de obra sin mediación alguna de calidad. Es así como a través de promoción y propaganda, establecen procedimientos de edición bajo demanda sin ningún control, cuya única pretensión es monetizar y explotar a partir de un mercenarismo editorial. Su único objetivo es el lucro, definido a partir de una selección de manuscritos sin ningún control de calidad y un beneficio casi nulo para los autores.

calidad investigativa y el rigor científico de las publicaciones, las cuales ven en la bibliometría la posibilidad de afirmar un criterio que estipule qué posee o no calidad. Determinar que un texto tiene rigor, calidad o importancia, a partir de las ponderaciones efectuadas por las mediciones bibliométricas, involucra un sentido muy ajeno a lo que la filosofía implica en su desenvolvimiento. El impacto de un texto, a través de las citaciones que origine en otros, es un modo de medición reiterado en este tipo de condicionamientos. El inconveniente no son sólo los parámetros textuales del artículo académico, aspecto que involucra otras problemáticas que aquí no se abordarán, sino la cuantificación a que es sometida la filosofía, a su inmersión dentro de las dinámicas asociadas al mercado y la productividad.³ Entonces,

¿Qué significa que hoy en día, el valor del conocimiento y de quien lo produce se mida bibliométricamente, por la cantidad de veces que ha sido citado? El modelo neoliberal ha hecho que la producción científica, en cualquier disciplina, se mida cuantitativamente, y esto sucede tal vez para incluir a los investigadores, concebidos como “productores de conocimiento”, en modelos que generen o circulen ganancias económicas (Loyola 55-56).

Además de la estandarización de la filosofía en formatos rígidos, la productividad y reproducción a que está sometido el campo editorial es un factor problemático ligado a la necesidad mercantilista que lo rige. Nada tiene que ver esto con lo sugerido más arriba, en relación a la necesidad de generar siempre un contenido filosófico actual y contextualizado. El hecho de que se requieran novedades en relación al conocimiento, la crítica, la reflexión, etc., no está supeditado a la explotación mercantilista de esa necesidad. Por otra parte, la subordinación a los cánones positivistas de investigación⁴, en algunas oportunidades hace de la filosofía un procedimiento sujeto a cuadrículas metodológicas.

³ Entre otras la rigidez del formato, las limitaciones estilísticas y de extensión a que está sujeto, la obsolescencia a que puede reducirse desde los parámetros cronológicos que lo rigen, etc.

⁴ Se hace referencia a la exigencia metodológica de actualización bibliográfica que impera en el campo investigativo. Si bien se hace necesaria la aprehensión actualizada de un campo de estudio, pareciera que a veces, es más importante la novedad que los conceptos mismos. Problema mayúsculo en la filosofía por cuanto los problemas filosóficos no se resuelven y nunca dejan de estar vigentes independientemente del período en el que surjan.

Por otra parte, la edición independiente, en muchas oportunidades, alejándose de los parámetros de los autores del canon, centra su atención en obras marginales sin un gran despliegue mediático. Logra así poner en circulación distintas vertientes ideológicas que, dejando atrás su ocultamiento, promueven la bibliodiversidad. De ninguna manera, se relaciona esto con prácticas editoriales que, enfocadas solamente en un propósito lucrativo, promueven la edición y publicación de cualquier tipo de obra sin mediación alguna de calidad. Es así como a través de promoción y propaganda, establecen procedimientos de edición bajo demanda sin ningún control, cuya única pretensión es monetizar y explotar a partir de un mercenarismo editorial. Su único objetivo es el lucro, definido a partir de una selección de manuscritos sin ningún control de calidad y un beneficio casi nulo para los autores.

A partir de estas consideraciones se hace imprescindible dar mayor campo a procesos anárquicos del filosofar, los cuales han estado siempre presentes, en la medida de concebir su importancia a través de las posibilidades críticas que derivan de los mismos. En relación a esto, pueden enumerarse ciertas características de esos procesos: 1) Las formas escriturales de la filosofía son múltiples y no debe centralizarse un uso único y formalizado. 2) La edición filosófica debe ser heterogénea, en temas, formatos, perspectivas. 3) El criterio de calidad de una obra no debe regirse por las ventas, citas o demás factores cuantitativos de un trabajo. 4) La filosofía no se condiciona a través de la inmediatez mediática y el boom propagandístico de autores y temas. 5) No hay reglas, moldes, estructuras que definan el carácter diverso de los textos filosóficos.

La edición filosófica como praxis supone un éthos definido. Precisamente porque involucra una consideración que está emparentada con el filosofar mismo. No se puede editar filosofía sin involucrar ya un sentido filosófico en relación con lo que se está poniendo en juego allí. Desde esta perspectiva, la edición se convierte en una apuesta filosófica, un compromiso desde el cual se expone también una discursividad. Con base en ese compromiso, y vinculándolo en mayor medida a la edición independiente, se plantea en estos términos la condición que rige el éthos al cual se hace referencia: “El editor independiente de creación es militante, activo. Su producción es reivindicativa: los criterios de calidad priman sobre los de la rentabilidad. Puede exigirse de este editor que sea su política editorial la que condicione su política comercial y oriente sus decisiones económicas, y no a la inversa” (Colleu 108) Y es que editar es elegir. Seleccionar una

fuerza que se proyecta al mundo para que lo potencie. Un catálogo editorial es una apuesta y también una propuesta. Editar filosofía supone una proyección cuyo valor simbólico es alto en la medida de no ser un atributo propagandístico o precepto comercial. Editar es forjar una pauta sólida, un talante que más allá de miras ideológicas está consolidando un estilo, una voz. No se edita, pues, al margen de una claridad específica en la que la dimensión de quien edita se ve comprometida. Implica un compromiso, un camino recorrido y labrado de manera simultánea. Las elecciones suponen un instinto desde el que se funda, además, la consolidación de una cosecha simbólica. Esa es la principal perspectiva, la apuesta intelectual y artística que en el imaginario gesta el valor de una poiesis tangible y corporeizada que a veces, con cierta vehemencia, un lector respira entre las páginas de un libro.

Referencias

- Bernabé, Alberto. *Manual de crítica textual y edición de textos griegos*. Madrid: Akal, 2010.
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Calasso, Roberto. *Cómo ordenar una biblioteca*. Barcelona: Anagrama, 2021.
- Campioni, Giuliano. Nota a *Lo que dijo Nietzsche*. Mazzino Montinari, Barcelona: Salamandra, 2021.
- Colli, Giorgio. *El nacimiento de la filosofía*. Tusquets, Barcelona.
- Colleu, Gilles. *La edición independiente como herramienta protagonista de la bibliodiversidad*. Buenos Aires: La marca editora, 2008.
- Dahl, Svend. *Historia del libro*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. *¿Qué es la filosofía?*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Gil, Manuel; Gómez, Martín. *Manual de edición*. Bogotá: Guía para tiempos revueltos. CERLALC, 2021.
- Kant, Immanuel. *Sobre el saber filosófico*. Madrid: Universidad complutense de Madrid, 1998.

- Loyola, Sandra. “La práctica editorial en tiempos bibliométricos”. En: Méndez Cota, Gabriela (coord.) *Filosofía pirata y trabajo editorial*. México: Universidad Iberoamericana, 2021.
- López Jiménez, Carlos A. *El terreno común de la escritura. Una historia de la producción filosófica en Colombia*. Bogotá: Editorial Javeriana, 1892-1910.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra* F.C.E. México. 2022.
- Piccolini, Patricia. *De la idea al libro. Un manual para la gestión de proyectos editoriales*, México: F.C.E., 2019.
- Río, Alejandro. *Filosofía y edición. Un apunte*. Fronterad Revista digital, 2023.
Disponible en: <https://www.fronterad.com/filosofia-y-edicion-un-apunte/>.
- Schierloh, Eric. *La escritura aumentada*. Buenos Aires: Eterna cadencia editora, 2021.